

*No enseñamos lo que sabemos,
no enseñamos lo que queremos,
enseñamos lo que somos*

Jean Jaurés

La nueva generación de padres

Somos las primeras generaciones de padres decididos a no repetir con los hijos los errores de nuestros progenitores. Y en el esfuerzo de abolir los abusos del pasado somos los más dedicados y comprensivos pero a la vez los más débiles e inseguros que ha dado la historia. Lo grave es que estamos lidiando con unos niños más "igualados", beligerantes y poderosos que nunca.

Parece que en nuestro intento por ser los padres que quisimos tener pasamos de un extremo al otro. Así, somos los últimos hijos regañados por los padres y los primeros padres a quienes los hijos nos regañan; los últimos que le tuvimos miedo a los padres y los primeros que les tememos a los hijos; los últimos que crecimos bajo el mando de los padres y los primeros que vivimos bajo el yugo de los hijos. Y lo que es peor, los últimos que respetamos a nuestros padres, y los primeros que aceptamos que nuestros hijos nos irrespeten.

En la medida que el permisivismo reemplazó al autoritarismo los términos de las relaciones familiares han cambiado en forma radical, para bien y para mal. En efecto, antes se consideraba buenos padres a aquellos cuyos hijos se comportaban bien, obedecían sus órdenes y los trataban con el debido respeto; y buenos hijos a los niños que eran formales y veneraban a sus padres. Pero en la medida en que las fronteras jerárquicas entre adultos y niños se han ido desvaneciendo hoy los buenos padres son aquellos que logran que sus hijos los amen, aunque poco los respeten.

Y son los hijos quienes ahora esperan respeto de sus padres, entendiendo por tal que les respeten sus ideas, sus gustos, sus apetencias y su forma de actuar y de vivir. Y que, además, les patrocinen lo que necesitan para tal fin. Como quien dice los roles se invirtieron, y ahora son los papás quienes tienen que complacer a sus hijos para ganárselos, y no a la inversa, como en el pasado. Esto explica el esfuerzo que hacen hoy tantos papás y mamás por ser los mejores amigos y parecerles "chéveres" a sus hijos.

Se ha dicho que los extremos se tocan. Y si el autoritarismo del pasado llenó a los hijos de temor hacia sus padres, la debilidad del presente los llena de miedo y menosprecio al vernos tan débiles y perdidos como ellos. Los hijos necesitan percibir que durante la

niñez estamos a la cabeza de sus vidas como líderes capaces de sujetarlos cuando no se pueden contener y de guiarlos mientras no saben para dónde van.

Si bien el autoritarismo aplasta, el permisivismo ahoga. Solo una actitud firme y respetuosa les permitirá confiar en nuestra idoneidad para gobernar sus vidas mientras sean menores, porque vamos adelante liderándolos y no atrás cargándolos, rendidos a su voluntad. Es así como evitaremos que las nuevas generaciones se ahoguen en el descontrol y hastío en el que se está hundiendo una sociedad que parece ir a la deriva, sin parámetros ni destino.

Ángela Marulanda
Autora y Educadora Familiar

El ejemplo, el estímulo y los límites en la crianza

Gloria Elena Orozco Gómez

Especialista en Psicología clínica

En ocasiones se escuchan lamentos de algunos padres de familia porque sus hijos no obedecen, no ayudan en la casa, no los respetan, porque hay que decirle veinte veces una misma cosa y algunas quejas por el estilo, pero no siempre se ha reflexionado sobre la manera de orientar y acompañar a los niños para que lleguen a asumir los comportamientos esperados, adecuados o aceptados socialmente.

En general, las familias esperan que el ambiente del hogar sea pacífico, tranquilo, que exista respeto y colaboración, que provoque llegar a la casa. Lograrlo es posible siempre y cuando se den ciertas condiciones: padres que se pongan de acuerdo sobre las pautas que emplearán para la crianza de sus hijos, que sean ellos mismos modelos dignos de imitar ya que son el primer y más valioso referente de aprendizaje para los más pequeños y que reconozcan a través del elogio y el estímulo los comportamientos y actitudes considerados valiosos dentro del hogar y de la sociedad.

Durante los primeros años los niños se están formando una imagen de sí mismos mediante la atención, disposición, afecto, comentarios, comportamientos y respuestas de los adultos cuidadores hacia ellos, imagen que será positiva o negativa según la valoración que se dé a su vez a sus acciones, actitudes, capacidades y, con ello, al niño como tal.

Lo anterior es claro cuando en muchas oportunidades desafortunadamente no se hace alusión a un comportamiento determinado o a una acción, sino que se hace referencia al actor. Así, por ejemplo, no se dice *dejaste los juguetes regados, en desorden* sino que por el contrario se escuchan expresiones como *eres un desordenado* y estas distintas frases tienen efectos diferentes sobre los niños.

Inicialmente los niños no saben que se espera de ellos y empiezan a “ensayar” comportamientos. Algunos de estos dan resultado ya que movilizan el ambiente, permiten recibir la atención que el niño espera y muchas veces con ellos consiguen lo que quieren. Pero muchos de estos comportamientos no son los adecuados ni son aceptados socialmente, por lo cual es necesario que los padres, previo acuerdo, vayan mostrando al niño cuáles son los comportamientos que esperan de él, cuáles serán los comportamientos permitidos en el hogar y cuáles serán aprobados y valorados.

Y para lograrlo, es necesario tener en cuenta varios aspectos que se relacionan entre sí y que tienen igual valor en el momento de enseñar y de educar.

Adultos como modelos de aprendizaje

Existe acuerdo en cuanto a que la educación empieza desde el nacimiento, en que muchos de los aprendizajes de los niños se dan por imitación y que se aprende de los padres y de los cuidadores adultos que acompañan al niño. Por lo tanto, hay que tener en cuenta que los padres son los mejores maestros de los hijos ya que son las personas más influyentes en los primeros años de vida y también vale la pena recordar que los niños aprenden lo bueno o aprenden lo malo, es decir, aprenden de lo que ven.

Un primer elemento de aprendizaje es, entonces, el **ejemplo**. ¿Cómo se resuelven en el hogar las dificultades? ¿Cómo es el trato que se da a las personas de la casa y a los de afuera? ¿Cuál es el comportamiento y la actitud de los padres como ciudadanos? Es conveniente hacerse esas preguntas ya que con las actitudes y comportamientos que asumen los adultos están marcando el camino que se les propone seguir a los niños.

Lo que empieza como una imitación por parte de los hijos de lo que hacen sus padres se convierte en su propio modo de ser. Esto quiere decir que los niños adquieren un rol a partir de los padres, y acaban creyéndolo propio.

Lo expuesto hace pensar en que debe haber coherencia entre lo que se exige o se espera de un niño y entre lo que él ve que sus adultos hacen, porque el niño aprende mucho más de lo que ve hacer que de lo que se le dice que debe hacer.

El estímulo como reforzador de conductas

Un segundo aspecto que se debe tener en cuenta es que hay que recordar que para que un niño sepa que una conducta es apropiada, adecuada y valorada los adultos se lo deben manifestar claramente: *muy bien, guardaste los juguetes en su lugar, felicitaciones, estás creciendo, ayudaste a mamá a preparar la mesa para la comida o qué bien, saludaste con amabilidad a tu profesora.*

Rara vez el mal comportamiento pasa inadvertido y en ocasiones se le da más importancia a este que a las acciones adecuadas. Si se reconoce un comportamiento valorado con un **estímulo**, la conducta elogiada o valorada ocurrirá con más frecuencia, así como si se da mucha importancia a una conducta inadecuada, no deseada, esta igualmente se dará con mayor frecuencia ya que es una conducta que ha llamado la atención de los otros, de los cuidadores adultos.

De igual forma que se deben aplicar consecuencias ante comportamientos inadecuados es aun mucho más importante estimular al niño cuando hace bien las cosas. Al estimularlo se está estimulando el amor propio y el niño siente que es una persona

valiosa, que sus comportamientos son valorados y que por lo tanto él es valorado. En este contexto surgen en el niño sentimientos que favorecen procesos de adaptación, percepción de autoeficacia, de aceptación, de sanas relaciones con los demás, todo lo que a su vez genera felicidad.

El niño necesita que alguien se sienta orgulloso de él para desarrollar sentimientos de autoestima: *soy capaz, estoy creciendo, soy valorado* es el mensaje que va haciendo propio ante los estímulos que le prodigan sus cuidadores.

Ante un comportamiento inadecuado los adultos explicarán amorosamente por qué este no es apropiado. Dependiendo del comportamiento del niño, es necesario procurar ponerlo en los zapatos del otro: *¿a ti te gustaría que...? ¿Cómo te sentirías si...?*, con lo cual se propicia la formación de la empatía (entender qué puede sentir el otro), elemento fundamental para la construcción de la solidaridad.

Si se valora un comportamiento que a la vez es parte de los comportamientos del adulto cuidador, como se ha dicho anteriormente, hay mayor probabilidad de que el niño lo asuma o integre a su personalidad: normas de cortesía, respeto por los demás, pequeñas responsabilidades en el hogar...

El límite, requisito fundamental

Si se quiere que los niños exhiban determinados comportamientos, relacionados sobre todo con los hábitos cotidianos de convivencia o con tareas a las cuales no pueden negarse (recoger los juguetes, el baño diario...), es necesario que se les transmita lo que tienen que hacer, cómo hacerlo y qué consecuencias acarrea hacerlo o dejar de hacerlo. Para ello hay que valerse de las normas y los **límites**, que son consignas verbales que les orientan en el modo de comportarse

Las normas y los límites no son un medio para controlar a los niños o conseguir que obedezcan a los adultos, sino un método que les ayuda a integrarse en la sociedad mostrándoles patrones de conductas socialmente admitidas y, por consiguiente, también las que no lo son. Para una buena convivencia en cualquier espacio social es necesario establecer normas y límites.

Los niños necesitan de alguien que los oriente, que los guíe, que les enseñe qué se espera de ellos y a su vez qué pueden esperar del medio y de los adultos. Necesitan límites precisos, claros, coherentes con su capacidad y grado de desarrollo. Y poner límites no quiere decir ser autoritarios. Por el contrario, implica una autoridad ecuánime, equilibrada, serena, tranquila.

Los límites no son sinónimo de castigo sino de enseñanza y marcan lo que se espera de cada persona. Además, proporcionan a los niños sentimientos de seguridad, pues con estos se sienten protegidos y les ayudan a asumir el control de su comportamiento y la responsabilidad de sus acciones.

Poner límites permite a largo plazo protegerse de muchos riesgos, como las adicciones o comportamientos delictivos si desde niños se les ha enseñado a cumplir unas normas, un orden y un respeto, siempre desde el afecto y la congruencia. Los límites enseñarán a los hijos a organizarse y a tener buenos hábitos que serán un valor seguro para su vida.

El **no** de un adulto cuidador a un niño no debe negociarse. Cuando se vaya a decir no a un niño hay que pensarlo porque no hay marcha atrás. Si se le ha dicho que hoy no verá la televisión porque aún no ha hecho las tareas o no ha recogido sus juguetes, no debe volverse atrás o reconsiderar el no así el niño llora o suplique. Si no se sabe mantenerlo, él sabrá que puede conseguir sobrepasar otra vez los límites.

Cuando se pone un límite es necesario estar seguros de hasta dónde es el límite y hasta dónde se puede cumplir. En este sentido, son irrealistas los noes que se refieren a largo tiempo, como *no volverás a salir a la calle* o *no verás más la televisión*, porque lo más probable es que no se puedan cumplir. Se deben aplicar las consecuencias previamente acordadas, evitando castigos físicos, recordando cuáles son los límites y actuando con serenidad, firmeza y afecto.

Si el niño ve que los padres son seguros y consistentes se sentirá mucho más inclinado a identificarse con ellos. Además, aprenderá que a veces debe renunciar, que debe aceptar el no, lo cual es una forma de enseñarle a afrontar las frustraciones de la vida.

Con las normas y límites se aprenden valores como orden, respeto, tolerancia... Cuando los niños reconocen límites pueden también reconocer y respetar los límites de otras personas.

Para que los límites sean efectivos es necesario también que en su aplicación haya coherencia y que esta no dependa del estado de ánimo de los adultos. No se puede prohibir algo y permitirlo al día siguiente porque el niño no sabrá entonces qué es lo que se espera de él, qué se puede y qué no y estará confundido. Los padres, como se ha dicho previamente, deben establecer juntos las pautas de crianza y deben mantenerlas.

Pero sobre todas las cosas, se debe manifestar siempre a los hijos el cariño, el afecto incondicional, pues está demostrado que los niños que se sienten queridos son más inteligentes, más capaces, crecen más por fuera y por dentro, con lo cual ellos podrán

contar con adultos amorosos, comprensivos, capaces de entender que tienen entre manos una maravillosa empresa: acompañar a sus hijos en la extraordinaria tarea de constituirse en seres sociales felices, autónomos, solidarios y con la creatividad suficiente para transformar su vida y su medio si es necesario.

En resumen, lograr conductas adecuadas y valoradas socialmente implica tener en cuenta que estas son producto del afecto y de un ambiente de consideración y de respeto y, especialmente, de un buen ejemplo, de los estímulos ante las conductas esperadas y valoradas y de los límites necesarios en el proceso de crianza.

Lecturas recomendadas

Cadavid I, Posada FA. *Padres exitosos en el ejercicio de la autoridad, Colección Padres Eficaces*. Medellín: Centro de Familia UPB; 1999.

Chanta.Cl. Establecer reglas en la casa/límites necesarios. Disponible (diciembre 5 de 2008) en: <http://www.chanta.cl/foros/showthread.php?p=484253>

Zona Pediátrica. *¿Se deben poner límites a los niños?* Disponible (diciembre 5 de 2008) en: <http://www.zonapediatrica.com/enviar-contenido/se-deben-poner-limites-a-los-ni-os.html>